

solución por encontrarla fácil y esto reviste algunos actos, aunque exentos de malicia, de faltos de reparo o escrupulosidad, pero no es así, porque ellos propenden a la indulgencia, a la manga ancha y a la protección, al amparo, a la comprensión, es decir que son generosos hasta de lo que no tienen y ostentosos, más o menos.

El tío Isidro mismo, que empezó su vida sin más elementos que su cuerpo, aunque fuera bueno y que pasó su vida en la Cañada, acogió con desprendimiento todas las necesidades de su familia y muchas de los ajenos, lo que no le impidió hacer capital, porque eso se hace trabajando cuando no se hereda y él, a partir de su casamiento con María Luisa Palomino, hacia el año 1833, no se dejó nada por hacer, echó dos borricos y cuando estaba de temporal o no podía hacer otra faena, iba al haza de Sandoval, entre el Montecillo y las Tintorerías, a sacar tocónes, hacía las dos cargas y después 18 kilómetros andando. Y así trabajaba diariamente.

Tuvo seis hijos, Margarita, Andrés, María Luisa, Eugenio, Nicanora y Bernardino. Llegó a juntar tres pares de labor con tierra bastante y la casa número dos de la calle del Cautivo, donde después hizo Bonifacio Lucas, yerno de la Nicanora, esa casa alta que existe.

Murió a los 91 años por el mil novecientos y cuando vio decaer su hacienda, dolor de la mayoría de los esforzados, le decía a Gregorio, suegro de su nieto Leoncio.

—Estoy apurao, Gregorio, mis hijos se han resabiao, se han metío en la Plaza y se han hecho bribones.

De lo que fuera su estampa baste decir que las mujeres de su época le decían el mocetón, calificativo que comprende bien su corpulencia y fortaleza y su ánimo para ponerlas a prueba.

Isidro, como todos estos hombres, tenía buen diente, pues no iba a ser eso lo único malo y celebraba mucho su santo patrón San Isidro, al que procuraba llegaran siempre los melones criados por él.

Vivió en el santo temor de Dios y amparaba sus soledades de la quintería, donde pasó casi toda su vida, en un cristo que tenía en la pared. Al venirse de una, se arrodilló ante él, con la montera en la mano y lleno de emoción le dijo:

—Adiós Cristo mío, ya no te volveré a ver más.

Su fervor fue tanto que según cuentan vio que se le pusieron los pelos de punta.

Aquello no eran palabras vanas. Ni lo suelen ser ninguna de las de estos hombres, aunque propendan a la socarronería sanchopancesca que es el fondo del humor manchego.

\* \* \*